

**La crisis venezolana:
el multilateralismo regional a ritmo de joropo**

Leyla Bartet

Sumilla

El presente análisis muestra un panorama general de la crisis venezolana a la luz de los cambios geoestratégicos internacionales y de los efectos que estos han tenido en la dinámica de las organizaciones multilaterales. Cabe recalcar que en este texto no se encontrarán conclusiones pues los acontecimientos se suceden día a día, al igual que las contradicciones en la actitud de las partes en juego.

Nota previa:

Al cierre de este artículo, crecen las divergencias entre las diplomacias aliadas a propósito de Venezuela, referente obligado de casi toda la política internacional en la actualidad. En efecto, tras el fallido golpe de Estado del autoproclamado «presidente», Juan Guaidó, el ministro de Relaciones Exteriores español y líder en las políticas de la Unión Europea en lo relativo a Latinoamérica, Josep Borrell, acusó a Washington de «actuar como un *cowboy*» en esta crisis, advirtiendo que la solución «sólo puede ser pacífica»¹. Fuentes próximas a la cancillería española aseguran *sotto voce* que hubo torpeza y precipitación en la decisión de apoyar a Guaidó, siguiendo el camino trazado por Estados Unidos y rompiendo con la tradición española de reconocer Estados, no Gobiernos. Asumir deseos por realidades nunca ha sido una buena opción en política exterior.

Tras los recientes movimientos de la oposición venezolana y su, hasta la fecha, fracasado plan de dividir a las Fuerzas Armadas, los Estados que reconocieron al presidente de la Asamblea Nacional (quien no contaba con el apoyo de toda la oposición venezolana) no

¹ Mars, Amanda. «Estados Unidos replica a España sobre Venezuela: “No hacemos diplomacia de ‘cowboy’”». *El País*, Madrid, 9 de mayo del 2019.

esconden su incomodidad. Guaidó, por su parte, sigue evocando una eventual intervención militar e instruye a su representante en Washington para que contemple esta opción. Y si bien no ha solicitado formalmente un desembarco en su país, a lo que llama «cooperación internacional», más allá del eufemismo, la posibilidad permanece abierta². Por su parte, la Unión Europea insiste a través de su jefa de diplomacia, Federica Mogherini, quien representa a los 28 países miembros, en buscar una solución pacífica, sin derramamiento de sangre.

Breve introducción a la crisis regional

El joropo es un baile popular venezolano de ritmo vivo, que se baila con pasos sincopados y muy breves, en compás de tres por cuatro o seis por ocho. El bailarín lleva la iniciativa y determina las figuras a realizar. A semejanza de este baile tradicional rápido e imprevisible, la política regional se ha convertido en una suerte de joropo sujeto a cambios de ritmo, siendo difícil de seguir por las cancillerías de este mundo globalizado. La crisis venezolana se ha convertido en el eje temático de toda lucha política y la acusación de simpatías chavistas ha sido empleada para atacar cualquier forma de progresismo en Europa y América Latina. Esto no deja de ser lógico habida cuenta la catástrofe humanitaria producida por la erosión del aparato productivo venezolano, los inefectivos controles del Estado, la caída de los precios del petróleo, una hiperinflación rampante y procesos de depreciación monetaria que no se detienen. Así pues, Venezuela se ha convertido en un contramodelo transversal difícilmente defendible a estas alturas.

² Manetto, Francesco. «Guaidó alude al apoyo militar y anticipa contactos con el Comando Sur de EE.UU.». *El País*, Madrid, 13 de mayo del 2019.

Cabe recordar, sin embargo, que la cuna de Bolívar tuvo siempre una economía dependiente y poco diversificada. En este contexto, el bloqueo de fondos y las sanciones impuestas por Washington y Europa resultan doblemente agobiantes para la población civil que ninguna culpa tiene de los errores económicos del gobierno de Nicolás Maduro.

Juan Tokatlian, profesor de relaciones internacionales en el Instituto Torcuato di Tella (Buenos Aires), sostenía, en una entrevista reciente³, que urge indagar en torno al concepto de hegemonía en el continente. Si se toma al respecto el referente de Antonio Gramsci, cabe preguntarse quién tiene hoy el liderazgo político, intelectual y cultural en la región. Tokatlian sostiene: «Lo primero que podríamos advertir es que en América Latina, en general, sobresalen momentos de hegemonía transitorios y débiles. Sin embargo, también es importante desagregar casos puntuales que mostraron más fortaleza y longevidad». Los proyectos sociopolíticos y económicos moderadamente reformistas, que no fueron antisistémicos, no pudieron afianzarse en los años 50 y 60. Los proyectos autoritarios de finales de los 70 hasta principios de los 80 tampoco pudieron prosperar, inmersos en plena Guerra Fría. Tras la caída del Muro de Berlín y el fin de la polarización Este-Oeste, llegó el proyecto neoliberal de los 90 a Sudamérica. Frenado este por la llegada de políticos progresistas en los años 2000 en varios países de la región, ha retornado con ímpetu en los últimos tiempos. Hoy, las sociedades latinoamericanas lucen más fragmentadas y polarizadas que nunca, y con economías muy primarizadas. Los dos extremos serían en la actualidad Venezuela y Brasil. El primero porque afronta el desmoronamiento de un proceso que quiso ser revolucionario y el segundo porque parece el más ambicioso proyecto reaccionario desde el derrumbe de las dictaduras militares que asolaron la región en los 70 y 80.

³ Tokatlian, Juan. «'América Latina camina hacia la debilidad y la desintegración'. Entrevista con Juan Tokatlian». *nuso.org*, Bogotá, febrero del 2019. En: bit.ly/2VPchIF

Como era de esperarse, esta situación se refleja en los organismos multilaterales de la región que, a su vez, expresan las políticas exteriores de sus Estados miembros.

El multilateralismo enfermo

Desde inicios del siglo XXI, durante la etapa en que diversas formas de progresismo llegaron al poder, la idea de la integración funcionó como generadora de dinámicas asociativas múltiples: se intentó relanzar el Mercado Común del Sur (Mercosur), se creó la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur), al calor del chavismo surgió la Alianza Bolivariana de los Pueblos de Nuestra América (ALBA), se estableció la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac) y la Alianza del Pacífico. Todos estos entes se inscribían –a diferencia de la Organización de Estados Americanos (OEA) que incluyen a Estados Unidos y Canadá– en una perspectiva Sur/Sur, aunque en la práctica su multilateralismo fuera limitado: cada país se ocupaba esencialmente de su mercado doméstico y negociaba bilateralmente con China o Estados Unidos.

El caso de la OEA merece una atención especial: fue creada en 1948, a inicios de la Guerra Fría, para «consolidar la paz, la seguridad y la democracia». La elección de su sede (Washington D.C.) y la presencia de Estados Unidos y Canadá en su seno hicieron que el organismo fuera visto como una especie de instrumento de la Doctrina Monroe por los movimientos progresistas del hemisferio. De hecho, la OEA no dudó en excluir a Cuba en 1962 y hubo que esperar hasta junio del 2009 (cuando había una mayoría de Gobiernos de izquierda en la región) para que se anulara esta decisión. Los cambios introducidos en la política exterior de Estados Unidos, a raíz de la llegada a la Casa Blanca de Donald Trump, anuncian ya la reactivación del bloqueo y sanciones contra Cuba. Probablemente, dado su

carácter tutelado, la OEA se inscribirá en el «seguidismo» que ha demostrado hasta ahora.

Desde el advenimiento en la Secretaría General de la OEA de Luis Almagro, ex canciller de Uruguay, expulsado del Frente Amplio por sus posiciones confrontacionales frente a Venezuela, el país caribeño se convirtió en el eje esencial de las acciones de este organismo. No en vano el ex presidente uruguayo, José Mujica, dijo, refiriéndose a Almagro, que había cambiado su rumbo político. Almagro fue explícito: «Trabajaré para acercar a la OEA a la nueva realidad del hemisferio», dijo, y así ocurrió. El *aggiornamento* de la OEA pasa por el recentraje a la derecha, siguiendo las pautas marcadas por Washington, a tal punto que a fines del 2018 Almagro no dudó en apoyar las declaraciones de Donald Trump en el sentido de no descartar ninguna opción, incluyendo la intervención militar, para resolver la situación de Venezuela.

En la actualidad, en el nuevo contexto latinoamericano marcado por el advenimiento de las derechas, la Unasur, el organismo regional creado para contraponerse a la OEA, vio su espacio y su capacidad disminuidos, encontrándose progresivamente reducida y aislada. Además, los presidentes conservadores Iván Duque, de Colombia, y Sebastián Piñera, de Chile, lanzaron la idea de crear el Foro para el Progreso de América del Sur (Prosur) para reemplazarla. Pero esta volatilidad de los organismos regionales no deja de suponer riesgos. Según publicaciones tan liberales como *The Economist*, Prosur, que se alinea ideológicamente con el Grupo de Lima y la OEA⁴, es tan filoamericano que si ocurren cambios políticos entre sus miembros –y sería el caso, por ejemplo, de Argentina de no ser reelecto Mauricio Macri– podría correr el

⁴ El Grupo de Lima es una instancia establecida tras la declaración de Lima del 8 de agosto del 2017 con el fin de dar una salida a la crisis venezolana. Lo integran Argentina, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, Guatemala, Guyana, Honduras, Panamá, Paraguay, Perú, Santa Lucía y Venezuela, que se incorporó en febrero del 2019 a través del «gobierno interino» de Juan Guaidó.

mismo destino que Unasur. De hecho, es la primera vez que se crea un bloque continental buscando explícitamente «un cambio de régimen» en un país vecino, Venezuela. No en vano la idea de crear Prosur surgió entre los nuevos mandatarios electos de Chile y Colombia, cuando ambos coordinaban una fórmula para desconocer a Maduro tras su juramentación para un segundo mandato.

Piñera, Duque y Jair Bolsonaro, presidente brasileño, ganaron sus respectivas presidenciales enfrentándose a candidatos de izquierda que ellos acusaban de seguir los pasos del chavismo. Y los tres requieren, para consolidarse interna e internacionalmente, de un cambio de Gobierno en Venezuela. El caso de Brasil resulta particularmente inquietante por su explícita nostalgia de la dictadura militar y por su ruptura con la tradición política exterior brasileña de las últimas décadas: el gigante sudamericano fue un contrapeso de los Estados Unidos, impulsando un multilateralismo activo de cara a otros continentes, promoviendo, por ejemplo, la creación del llamado BRIC (integrado por Brasil, Rusia, India y China). Cabe recalcar que dicho foro es un ejemplo más de la fragilidad política de estos organismos, supeditados generalmente a los cambios internos: la llegada del nacionalista conservador Narendra Modi como primer ministro de la India y el golpe contra Dilma Rousseff, en Brasil, descabezaron los sueños del BRIC.

Así pues, la situación dista de ser clara en la región. Y Venezuela, más allá de los errores políticos y económicos de su dirigencia, más allá de la corrupción y los bloqueos, sigue siendo el terreno de enfrentamiento entre dos visiones del mundo, entre dos opciones antagónicas.

La república fragmentada

En un artículo metódico y objetivo, Roberto Mansilla Blanco, analista del Instituto Gallego de Análisis y Documentación

Internacional (Igadi)⁵, sostiene que reducir el análisis de la crisis política actual de Venezuela centrándose únicamente en las maniobras controvertidas y controversiales de legitimidad presidencial es un ejercicio simplista e incompleto.

En efecto, si realizamos un ejercicio de síntesis de los acontecimientos recientes, encontramos una situación de bicefalia del poder que comienza en el 2015, pero cuyos orígenes son más antiguos. En Venezuela, desde los inicios de la explotación intensiva del petróleo, el «oro negro» moldeó la vida política del país. Por un lado, mutiló el interés por la explotación agropecuaria y, por otro, acrecentó una clase media consumista en extremo que se beneficiaba directa o indirectamente del capitalismo rentista. Los «petrodólares» financiaron obras públicas y negocios, muchos de ellos derivados de una corrupción que siempre existió. A ello se agregó una estabilidad política concertada por los llamados acuerdos de Punto Fijo⁶, firmados por Acción Democrática (AD) y la Democracia Cristiana (Copei) tras la caída de la dictadura del general Pérez Jiménez para garantizar una alternancia entre estos y asegurar estabilidad democrática y gobernabilidad. El Partido Comunista de Venezuela se autoexcluyó del pacto.

Hasta inicios de 1970, Venezuela era el primer exportador mundial de petróleo hasta que Arabia Saudita ocupó su lugar. El Estado, boyante de petrodólares, proveía créditos, subsidios, empleos, servicios gratuitos, gasolina casi regalada y un bolívar sobrevaluado que permitía a los señores de la clase media ir a hacer *shopping* a Miami todos los fines de semana. Esto es lo que el conservador politólogo Moisés Naïm ha llamado «la ilusión de armonía»⁷. Y era en efecto pura ilusión. Un estudio de 1984

⁵ Mansilla Blanco, Roberto. «Venezuela: crisis de legitimidad de la revolución bolivariana». *igadi.org*, Pontevedra, 14 de febrero del 2019. Ver en: bit.ly/2Z3Azka

⁶ Punto Fijo era en el nombre del chalet en el que se firmaron los acuerdos en octubre de 1958, en Caracas.

⁷ Naïm, Moisés. *El caso de Venezuela: una ilusión de armonía*. Caracas: Instituto de Estudios Superiores de Administración (IESA), 1985.

del Instituto de Estudios Superiores de Administración (IESA) evidenciaba, ya entonces, una desigualdad enorme en la que el 20 por ciento más rico del país captaba el 80 por ciento de la renta, un alto índice de conformismo y que el 90 por ciento de los electores que votaban lo hacían por AD o por Copei. La desafección creciente del electorado se manifestaba en las altas tasas de abstención. Así, en la segunda elección de Carlos Andrés Pérez (1989-1993), solo algo más del 40 por ciento de los votantes acudió a las urnas, por lo que algunos analistas –como Heintz Sontag, director del Centro de Estudios del Desarrollo (Cendes) de la Universidad Central de Venezuela– le auguraban un gobierno difícil habida cuenta su baja legitimidad. La contracción económica de los años 90 alcanzó el 20 por ciento y la pobreza se incrementó en un 70 por ciento durante esa década. Y si bien los disturbios conocidos como el «caracazo» a fines de febrero de 1989 se debieron al descontento por los ajustes económicos del «paquetazo» que Pérez aplicó poco después de asumir el cargo, esto fue solo en parte, pues también existía en la población una frustración acumulada y la súbita certeza de que el retorno de Pérez no significaba una restauración de la «Venezuela saudí». En este contexto, el intento fallido de golpe de Estado del comandante Hugo Chávez obtuvo grandes apoyos dentro de la sociedad civil.

La Agenda Alternativa Bolivariana (1996) que presenta Chávez, una vez que opta por la toma del poder por vías democráticas, se contrapone a la propuesta neoliberal, Agenda Venezuela, del presidente copeyano Rafael Caldera. La Agenda Alternativa Bolivariana era una propuesta moderada que obtuvo, una y otra vez, el respaldo mayoritario de las urnas. De esta forma, a través de una sucesión de votaciones, entre 1998 y el 2006 el electorado venezolano le entregó todo el poder a Chávez. Paralelamente, la clase política tradicional (AD y Copei) fueron reducidos a su mínima expresión. Las políticas de Chávez, sin llegar a ser estatistas, le acordaban un peso al Estado que no había tenido

nunca antes. Y la Constituyente de 1992 le dio un 95 por ciento de las curules y la nueva Constitución instauró y amplió varios derechos fundamentales: democracia participativa a través de referéndum (referéndum revocatorio a mitad de mandato), admisión de la doble nacionalidad, reconocimiento del carácter pluriétnico de Venezuela, creación del Poder Ciudadano y del Poder Electoral. Sin embargo, como lo hace notar Tomás Straka, no fue una Constitución socialista⁸.

Poco a poco, la alianza chavista se fue decantando hacia la izquierda y, tras el intento de golpe de Estado del 11 de abril del 2002, el presidente Chávez se vio reforzado. Vale la pena recordar que en dicha ocasión Chávez fue detenido por los golpistas de un sector del Ejército, con el apoyo de la oposición, y que se intentó fusilarlo. Finalmente, fue liberado por otro sector de oficiales leales y por la población que salió masivamente a la calle a darle su apoyo. Nótese que Chávez llamó entonces a la unidad y al olvido, procediendo a liberar a la mayoría de los golpistas. Aun así, el gesto no le impidió depurar el Ejército para evitar la resurgencia de situaciones semejantes.

Más adelante, con el alza de los precios del petróleo, que pasó de 14 dólares a más de 100, el Estado pudo realizar una inversión social como jamás había ocurrido en el pasado. Se implementaron programas de acceso a la educación, a la salud (Barrio Adentro, con la ayuda de médicos cubanos que reemplazaban a todos aquellos médicos que dejaron el país y que jamás habrían aceptado trabajar en los «ranchitos» o barriadas), programas de viviendas gratuitas, alimentos subsidiados y, respondiendo al carácter cristiano que siempre manifestó Chávez, la llamada Misión Cristo, cuyo objetivo era llevar a Venezuela a un índice de pobreza cero en el 2021.

En este contexto de bonanza que benefició a muchos (incluyendo a las transnacionales que pudieron repatriar ingentes

⁸ Straka, Tomás. «20 años de chavismo: el quiebre del 'Estado mágico'». *Nueva Sociedad*, n.º 280. Buenos Aires: Fundación Friedrich Ebert (FES), 2019, pp. 4-15.

ganancias), Venezuela pudo mostrar cifras espectaculares. Los más pobres duplicaron su capacidad de consumo. Según un estudio de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas, las cifras de pobreza se redujeron del 70 por ciento de la población en 1999 al 30 por ciento en el 2013. Estos datos fueron corroborados por los informes de la Comisión Económica Para América Latina (Cepal) del 2013. El 2005 Venezuela fue declarada por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) territorio libre de analfabetismo; la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) declaró que el hambre se había erradicado; el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) señaló que el índice de desarrollo humano había aumentado a 0.764, lo que ubicaba a Venezuela en el puesto 67 de 187.

A diferencia de lo que había ocurrido durante los años de la «Venezuela saudí», ahora existía una intención ideológica de crear un eje alternativo a Estados Unidos, y en el 2004 se funda la Alianza Bolivariana para los pueblos de nuestra América (ALBA) y en el 2005 PetroCaribe. Se traza entonces de modo evidente una estrategia de ayuda regional a movimientos y partidos de izquierda que contribuyan a construir un entorno favorable. Estas ayudas costaron 50 mil millones de dólares a Venezuela entre el 2000 y el 2017.

¿Qué ocurrió entonces para que el modelo se derrumbara? Es preciso analizar factores endógenos y exógenos. Brevemente se puede señalar la enorme carencia de cuadros que llevó a funcionarios sin preparación adecuada a cometer errores graves. Según los estudios realizados por el Observatorio Iberoamericano sobre Movilidad Humana, Migraciones y Desarrollo de la Pontificia Universidad de Comillas (Madrid)⁹, entre 1999 y 2006 dejaron el país importantes sectores de la clase media profesional. A partir de

⁹ Ver en: bit.ly/2Bq02tV

esa fecha aumenta progresivamente la emigración menos formada y, en los últimos años, deja el país una población casi carente de formación. Esta situación y la voluntad política de garantizar la seguridad y la regularidad de la producción, llevó al Gobierno a instalar oficiales del Ejército en cargos para los que carecían de conocimientos. El resultado fue catastrófico. Baste un ejemplo: la producción de acero líquido pasó de cuatro millones producidos en el 2008 a solo 270 mil en el 2017.

A la pésima administración de las empresas se agregó la brusca caída de los precios de petróleo. Mientras el precio del crudo se mantuvo alto, el Estado podía importar alimentos y subsidiar servicios. Luego fue imposible. Además, a nivel político, se agrega la enfermedad de Chávez, su fallecimiento en el 2013 y la llegada de Nicolás Maduro al poder, un dirigente sindical que ejerció como ministro de Relaciones Exteriores entre el 2006 y el 2012, siendo vicepresidente de la República durante un año, hasta la muerte de Chávez. En este contexto desesperante y desesperado, la corrupción (que siempre existió en el país) se incrementó a niveles nunca vistos.

Pero sería incompleto analizar esta crisis ignorando el factor exógeno: los intereses de Estados Unidos por el país de la región que posee las más importantes reservas de hidrocarburos y a poca distancia de sus costas, y los de aquellos otros países occidentales y regionales que, por diversas razones económicas y políticas, se alinearon con Washington, quienes empujaron al precipicio lo que quedaba del proyecto chavista.

Trump y el retorno a la Doctrina Monroe

Desde la Segunda Guerra Mundial, ningún presidente estadounidense había evidenciado las convicciones aislacionistas que han caracterizado a Donald Trump: retiro del Acuerdo Climático de París, de la Asociación Transpacífica, retiro progresivo de las tropas norteamericanas en Siria y Afganistán, cuestionamiento de alianzas

militares con Corea del Sur y Japón, etc. Washington quiere, además, frenar la penetración china en la región, considerando que el gigante asiático es uno de los apoyos de Venezuela. Sin embargo, todo parece indicar que la amenaza de una intervención militar norteamericana, apoyada en el artículo 187 de la Constitución venezolana, no es la opción más viable en la actualidad para Washington: su sola evocación ha creado una cohesión interna innegable y fisuras graves entre sus aliados. Mejores réditos han brindado otras opciones: como la asfixia económica que está ahogando al país a la espera de una sublevación popular generalizada o un golpe de Estado como el que se intentó, sin éxito, hace poco. Otra opción que podría manejar Estados Unidos es apoyar la creación de movimientos armados internos que abran las puertas a una guerra civil.

En todo caso, el renovado interés de Washington por el hemisferio le exige resolver el «problema de Venezuela» y para ello ha contado con el apoyo activo de la OEA. Una Organización de Estados Americanos que no ha dudado, en voz del propio Luis Almagro, en evocar la posibilidad de una intervención armada, llamar a un golpe militar o ignorar que el Secretario de Estado norteamericano, Rex Tillerson, afirmara que «la Doctrina Monroe fue tan relevante entonces como lo es hoy».

El Grupo de Lima, por su parte, no se ha caracterizado por su autonomía en la búsqueda de soluciones. Y aunque desde hace unos meses ha expresado una voluntad de favorecer negociaciones, se trata más de un gesto que de una realidad pues difícilmente se puede «negociar» estigmatizando a una de las partes. En este sentido, la actitud de la cancillería mexicana resulta un buen ejemplo. Su canciller, Marcelo Ebrard, en fina aplicación de la Doctrina Estrada, declaró hace poco al diario *El País*: «(...) lo que hay que buscar es diálogo, el mismo que presupone la ausencia de condena a una de las partes. Hay que construir una agenda con respaldo internacional». «Crear un cerco para provocar una crisis

alimentaria muy seria, no es la solución», dijo. Finalizó recordando que ya en los años 80, México promovió el diálogo en América Central mientras Estados Unidos propugnaba una victoria militar sobre la guerrilla. México tuvo razón y se firmaron los acuerdos de paz.

Es cierto que el contexto regional no favorece algún tipo de independencia frente a las políticas implementadas por Estados Unidos, pero la cancillería peruana habría podido actuar como lo hizo en su momento Raúl Porras Barrenechea quien, en la reunión de cancilleres de la OEA en 1959, rechazó el bloqueo a Cuba. O con criterios como los que defendía el embajador Carlos García Bedoya, quien recordaba la necesidad de una política exterior independiente, no supeditada a los intereses norteamericanos¹⁰.

Cuando concluimos este artículo la prensa internacional informa acerca de un diálogo iniciado entre el gobierno venezolano y la oposición con la mediación de Noruega¹¹. Delegados de Maduro y Guaidó se encuentran actualmente en Oslo para explorar la posibilidad de una agenda de temas y una metodología de trabajo. Resulta inquietante, sin embargo, que la oposición venezolana se queje de no haber sido consultada. Se trataría de una decisión tomada por Guaidó y Leopoldo López, fundador de Voluntad Popular. Desde Colombia, Julio Borges, dirigente de Primero Justicia afirma que se enteró por los medios venezolanos. Tras el fracasado intento de golpe de Guaidó, en ciertos sectores de la oposición empieza a aceptarse la idea que no es fácil resquebrajar la unidad de las Fuerzas Armadas venezolanas y que sin algún tipo de negociación es imposible lograr una salida de Maduro. El propio jefe del Poder Legislativo reconoce que, si se iniciara un proceso de transición, se tendría que incorporar a parte del

¹⁰ Adrianzén, Alberto. «Velasquismo y política exterior». *revistaquehacer.pe*, Lima, enero - marzo del 2019.

¹¹ Lafuente, Javier. «Venezuela: Chavismo y oposición exploran una vía de diálogo con la mediación de Noruega». *El País*, Madrid, 16 de mayo del 2019.

chavismo en la reconstrucción. Noruega cuenta con un amplio bagaje en la mediación y resolución de conflictos, caracterizado por el hermetismo.

Esperemos que el frío nórdico calme los ímpetus de este aceleradísimo joropo.